

**PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA
DE LA LENGUA VASCA/EUSKALTZAINDIA,
JEAN HARITSCHELHAR,
ANTE S.M. JUAN CARLOS I,
CON MOTIVO DE LA AUDIENCIA
CONCEDIDA A LA INSTITUCION**

Madrid, Palacio de La Zarzuela, 19 de septiembre de 1994

Sus Majestades, los Reyes de España:

Sean mis primeras palabras para mostrar a Sus Majestades el agradecimiento de la Real Academia de la Lengua Vasca/Euskaltzaindia por esta audiencia. La Institución que presido, y de la que están aquí sólo unos representantes (Junta de Gobierno y Presidentes de Comisión, principalmente), porque de otro modo su número hubiera sido excesivo, se siente muy honrada al ser recibida por Sus Majestades.

Acudimos a Sus Majestades no en un año cualquiera. Euskaltzaindia cumple su septuagésimoquinto aniversario, y, en medio de las celebraciones, era obligado rendir esta visita.

De todos son conocidos, en efecto, los lazos que unen a la Academia con la Corona. Hay que recordar que en el mismo nacimiento de la Academia, en Oñati, en septiembre de 1918, estuvo presente su abuelo Don Alfonso XIII. Suyos y pronunciados en aquella ocasión son este mandato y estas palabras:

“Consagraos al estudio y fomento de todo cuanto pueda contribuir al adelanto y al proceso del País, cultivad vuestra lengua, el milenario y venerable euskera, joya preciadísima del tesoro de la humanidad, que habéis recibido de vuestros padres y debéis legar incólume a vuestros hijos.”

Y es preciso igualmente no olvidar que, restaurada la democracia, Su Majestad rubricó, en febrero de 1976, el reconocimiento de esta Institución como Real Academia, lo que abría nuevos horizontes para la labor de Euskaltzaindia, con el amparo de los poderes públicos.

El propósito de crear una Academia del euskara, como se sabe, es muy anterior a su plasmación práctica. Hay señales de esta inquietud en el siglo XVIII, y durante la centuria siguiente menudean las voces pidiendo la fundación de la Academia. Hubo que esperar, sin embargo, hasta 1918 cuando, de la mano de la Sociedad de Estudios Vascos, nació nuestra Institución, que se constituyó en septiembre del año siguiente.



Madrid, 19-IX-1994.

De izquierda a derecha:

Jean Haritschelhar, presidente de R.A.L.V./Euskaltzaindia; Juan Carlos I, Rey de España; la Reina Sofía; Juan Mari Lekuona, vicepresidente; Endrike Knörr, secretario; Luis Villasante, académico de número y Juan San Martín, académico de número.

No es en modo alguno ocioso volver sobre aquella época fundacional. Hombres de muy distintos talentos, credos e ideologías, de todas las provincias de la vieja Vasconia, unieron sus esfuerzos para dar forma a Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudios Vascos, en aquel magno Congreso, y allí mismo dieron vida a la Academia. Si, como dijo el historiador belga Halkin, "Cuanto mejor conoce un pueblo su historia es menos esclavo de ella", bueno es reflexionar sobre aquel espíritu de generosidad, de tolerancia, de hermandad, por encima de todas las diferencias, que hizo posible el surgimiento de dos instituciones claves para Euskal Herria.

No nos dejemos engañar por el ruido de los intolerantes: aquel mismo espíritu es el que pervive en la inmensa mayoría de los vascos, y es el que se mantiene, desde luego, en la Academia. Ya sean numerarios, honorarios o correspondientes, a ningún miembro de Euskaltzaindia se le distingue en razón de su ideología. Solamente se le pide trabajar, en su parcela, por el bien de la lengua, por el progreso de la investigación y por la dignificación social del euskara.

Euskaltzaindia sabe muy bien que Su Majestad no es en absoluto insensible al rico patrimonio vivo que significan la lengua vasca y las otras lenguas de España. Por eso

nos identificamos con los elogios que esa actitud de Su Majestad ha despertado todos estos años dentro y fuera de nuestro País, y, como dijo no hace mucho el rector de la Universidad de Friburgo, en el acto de entrega del doctorado honoris causa, reconocemos “su incansable tarea en apoyo de los derechos legítimos de las minorías de lengua catalana, vasca y gallega”.

Únicamente una visión corta puede azorarse ante el plurilingüismo y pluriculturalismo, y sólo en la ignorancia puede encontrar eco el enfrentamiento entre esas lenguas y ese patrimonio. Hay que resaltar los beneficios mutuos que se derivan de la convivencia de las lenguas y las culturas. Y, contra la desmemoria, hay que decir que los más insignes investigadores del español o castellano, como Menéndez Pidal, Corominas, Tovar, etc., han sido también destacados vascólogos y han contribuido a desentrañar los secretos de la lengua vasca. De Don Ramón Menéndez Pidal son estas palabras: “Tenéis la fortuna de que vuestro pueblo sea depositario de la reliquia más venerable de la antigüedad hispana”.

Los investigadores más jóvenes, vascos o no, y de todo el mundo, han sabido seguir esa estela y los frutos de estos trabajos acerca de nuestras realidades lingüísticas están a la vista. Esta Real Academia confía en que el ambiente de mutuo respeto y consideración entre las lenguas (o, lo que es lo mismo, entre los hablantes) ganará la partida al fanatismo y la ignorancia.

No hay misterio alguno en los anhelos de la Academia. Nuestro deseo es que el euskara esté presente, como primera o segunda lengua, en todas las tierras vasconas, abiertas como siempre lo han estado —pese a absurdos prejuicios— a todas las corrientes culturales. También deseamos un lugar digno para ella en el escenario español e hispánico, sin dejar a un lado su enseñanza, al menos en las Universidades y centros especializados. Y queremos que el Gobierno de España, a una con los Gobiernos de las dos Comunidades Autónomas que tienen el euskara como lengua propia, se esfuerce en conseguir un tratado interestatal con Francia, semejante al suscrito hace una quincena de años por Bélgica y los Países Bajos en favor del neerlandés, de tal modo que a ambos lados del Pirineo la lengua vasca alcance el status académico, docente, legal y social que le corresponde y que no ha obtenido durante mucho tiempo.

Majestades, reitero nuestra profunda gratitud y les ruego acepten, como prueba de este sentimiento, los presentes que ahora le entrego.